

En primer lugar, y como no podía ser de otra manera, quiero mostrar mi más sincero agradecimiento tanto a las personas que me propusieron, Nicolás Mateo, Miguel Ángel Moset y Óscar Pinar así como al resto de los componentes de la Real Academia Conquense de Artes y Letras por aceptarme como nuevo miembro. Doble agradecimiento no por mi persona evidentemente, sino por el hecho de que una disciplina como la fotografía esté representada por vez primera en esta Academia. En las últimas décadas, la fotografía y por generalización la imagen, ha ido conquistando poco a poco los espacios destinados al arte, antes herméticos, modernizándolos y ocupando el lugar que se merecen en los ámbitos destinados a la creación. Espero que en este sentido, mi aportación pueda suponer al menos un grano de arena para las futuras actividades a desarrollar desde aquí. Sirvan también mis palabras como homenaje a dos personas. Por un lado Francisco Suay, vacante que me dispongo a ocupar tras su fallecimiento y cuyo amor por la arqueología hizo revivir en todo su esplendor a las ciudades romanas de Segóbriga y Valeria y cómo no, a Ángel Luis Mota que también nos dejó el año pasado. Su dulce ironía reservada sólo para los inteligentes y su sonrisa, dejaron un hueco imborrable e imposible de rellenar en esta ciudad. No puedo dejar de mencionar tampoco, no porque el protocolo me obligue sino porque así lo siento, a Pedro Miguel Ibáñez, que dejó la dirección de esta Academia hace pocas fechas y que la ha revitalizado notablemente bajo su gestión y a José Ángel García que toma el relevo y del que todos esperamos nuevas metas y nuevas ilusiones que estamos seguros que se harán realidad. A él le ofrezco desde aquí todo mi apoyo y mi disposición para colaborar en cuantos proyectos quiera poner en marcha. Tendrán que disculparme que prescinda de la formalidad y no haya nombrado a estas personas como ilustrísimos, pero sucede que cuando se habla de amigos los nombres desnudos se me antojan tan llenos de afectos y tan completos que cualquier otro adjetivo me resulta innecesario.

GERVASIO SÁNCHEZ, CONCIENCIA Y COMPROMISO.

Poco se podían imaginar Louis Daguerre y William Fox Talbot lo que sus inventos iban a suponer para el mundo. Que la fotografía y, por extensión, la imagen ha revolucionado en las últimas décadas no ya solamente los presupuestos artísticos sino algo que va mucho más allá, nuestra manera de pensar, de actuar, de ver y de comprender el mundo, es una afirmación que produce pocas dudas, si se me permite esta rotundidad. Y es que hoy sería inconcebible un mundo sin imágenes hasta el punto de que muchas de ellas han cambiado el rumbo de la historia. Vivimos enclaustrados en un mundo en el que la imagen nos marca, nos define y nos influye de manera absoluta (quise decir, absolutista) estableciendo sin duda nuevas escalas de valores y hasta en ocasiones unas formas distintas de moralidad. Yendo un poco más allá en la cuestión, o un poco más acá en el tiempo, según lo veamos, la irrupción de la fotografía digital ha supuesto un nuevo revulsivo y ha fijado unos comportamientos que eran impensables hace unos años ni siquiera para la ciencia ficción.

Fundamentalmente en dos ámbitos: el primero en la inmediatez y el segundo en la popularidad. Supongo que es imposible averiguar la cantidad de fotos que se hacen hoy diariamente en el mundo y si por un casual algún atrevido se decidiera a lanzar una cifra esta constituiría sin duda un número astronómico de esos que sólo pertenecen a la teoría matemática y que son imposibles de asimilar. No hace tanto tiempo que poseer una cámara fotográfica era considerado casi como un lujo y que tal afición constituía un privilegio para unos pocos entendidos. Y es que hacer una foto hace unos años era “difícil y costoso”. En el mejor de los casos las familias tenían una cámara que era manipulada cuidadosamente por el padre para inmortalizar determinados acontecimientos y que era celosamente guardada luego, lejos del alcance de todos. La visión posterior de las fotos, después de un complicado sistema de revelado sólo

disponible en unos pocos establecimientos y tras varios días de espera, era todo un acontecimiento y las fotografías, por último, pasaban a engrosar álbumes cuidados y perfectamente elaborados.

Hoy, suceda lo que suceda y casi en cualquier parte del mundo, siempre hay en el lugar alguien con una cámara, un teléfono móvil o cualquier otro artefacto con posibilidad de captación de imágenes, que nos permite ver el suceso en el mismo momento en el que se produce. Las imágenes saltan a los medios de comunicación y nosotros nos las despachamos cómodamente en nuestras casas asistiendo casi en directo a los acontecimientos. Si no hay imagen, si nadie fue capaz de captar la instantánea, es como si lo sucedido no existiera. Por el contrario, lo que vemos es lo que únicamente está pasando y en esos momentos se reviste de verdad absoluta. Así un estadio de fútbol puede aparecer a rebosar o tristemente vacío según el plano que se tome y claro está en función del mensaje que se quiera mostrar. Una manifestación se convertirá en un clamor popular o en un fracaso según sean los planos que el jefe de redacción haya seleccionado para su emisión. La edición de las imágenes estará al servicio de los intereses políticos e ideológicos a la que sirva la cadena o el periódico en cuestión. Eso se convertirá luego en un hecho incuestionable porque “la cámara estuvo allí y fue testigo de eso”. En las televisiones, de hecho, no se elaboran los guiones informativos por la importancia de las noticias, sino por las imágenes disponibles que han llegado a la redacción que serán tratadas convenientemente para servir sus correspondientes intereses comerciales. En cualquier caso, lo que no se ve parece que nunca sucedió. Eso lo saben bien muchos gobiernos que con una frecuencia que lamentablemente se repite mucho, impiden a los fotógrafos realizar su trabajo si este puede resultar incómodo para sus intereses. Cuando se trata de recoger premios, medallas y galardones, se pone en marcha todo un aparato mediático con credenciales de prensa y facilidades mil para que se puedan captar cuantas más imágenes mejor sin ningún tipo de problemas y para que las mismas lleguen a todo el mundo lo mejor y más rápidamente posible. Si en cambio son los derechos humanos o la propia hegemonía del poder lo que está en juego la cosa cambia y los fotógrafos, los periodistas por extensión, lejos de ser los aliados incondicionales de antes, se convierten en auténticos enemigos para la causa y comienzan a surgir desde los despachos oficiales los problemas y los impedimentos para moverse libremente. Protegidos por la impunidad que les da la ausencia de documentos gráficos o de crónicas en los periódicos, pueden actuar impunemente sin que haya testigos molestos que provoquen ni tan siquiera una pequeña recriminación a

sus actos. Los conceptos cambiaron radicalmente a raíz de la retirada de las tropas americanas de Vietnam que se convirtió en un antes un después en las reglas del juego. Porque aquella guerra no se perdió en el frente, sino en el propio territorio americano que pudo ver en sus casas, antes o después de asistir cívicamente a sus oficios religiosos, las atrocidades que su ejército cometía sobre la población civil en un lugar que tal vez muchos no podían ni siquiera situarlo en el mapa. Sin ser conscientes del poder de la imagen, allí se permitió que los fotógrafos se movieran libremente por el escenario haciendo posible que sus reportajes llegaran sin censura a las rotativas. La población quedó estupefacta al ver las atrocidades que su glorioso ejército llevaba a cabo indiscriminadamente y al ver el verdadero rostro de la guerra. Aprendida la lección los fotógrafos se convirtieron en un enemigo real que podía volverse en su contra en cualquier momento de descuido, por lo tanto su control y su manejo comenzó a ser fundamental para el desarrollo de sus operaciones. A partir de entonces, las imágenes empezaban a ser incómodas y los fotógrafos pasaron a formar parte de una legión embarazosa para sus intereses (una tribu como los denominó Manu Leguineche) que había que controlar en cada momento estableciendo cotas y censuras para su actividad. No es necesario retrotraerse tan atrás en el tiempo: El presidente Bush prohibió terminantemente que se tomaran imágenes de los féretros repatriados que contenían los cuerpos de los soldados muertos en Iraq. Eran la confirmación del fracaso y no interesaba su difusión porque podían socavar el poder absoluto de un presidente preocupado más por los convenios firmados con fábricas de armas y por la propia supremacía del imperio. Una vez más, si no hay imágenes es que nunca sucedió. Por eso los gobiernos no quieren a su lado fotógrafos que certifiquen sus crueldades. Si es necesario se les mata en cualquier descuido con total impunidad. Sólo algunos datos: según el informe anual de Reporteros sin Fronteras de 2009, en ese año fueron asesinados 76 periodistas, 16 más que en el año anterior, 33 fueron secuestrados y 573 detenidos. 1456 fueron amenazados o agredidos. No puedo dejar aquí de recordar a Juantxo Rodríguez, el primer fotógrafo español asesinado en Panamá en 1989, a Luis Valtueña, asesinado en Ruanda en 1977, a Julio Fuentes, asesinado en Afganistán en 2001, a Jordi Pujol, asesinado en Sarajevo en 1992, a Miguel Gil, asesinado en Sierra Leona en 2000, a Julio Anguita, asesinado en Bagdad en 2003, a José Couso, asesinado en Bagdad en 2003, a Ricardo Ortega, asesinado en Puerto Príncipe en 2004. La imagen de Juantxo muerto en una calle desierta de Panamá y su Nikon FM junto a su rostro sin vida sigue siendo un símbolo crudo de la injusticia y me sigue impresionando

cada vez que la contemplo. Nadie pagó por sus asesinatos. Para ellos hoy mi reconocimiento público y mi recuerdo

El silencio es cómplice de los verdugos. No son palabras mías sino de Gervasio Sánchez en su prólogo de **El Cerco de Sarajevo**, uno de sus primeros trabajos publicados fuera de las columnas del Heraldo de Aragón en el que actualmente trabaja. Desde entonces hasta hoy, sus fotografías por supuesto, pero también sus palabras enmarcan a una persona irrepetible y comprometida como nadie con los Derechos Humanos. Con ambas cosas pone voz y rostro a los que más sufren la persecución y las guerras en las que se ven involucrados sin que nadie les haya pedido su opinión ni tampoco su participación. Desgranar aquí toda su carrera sería una tarea demasiado extensa y mencionar todos sus premios y los numerosos reconocimientos públicos que han arropado su trabajo también, por eso me centraré en dos aspectos que convergen en realidad en uno sólo y que han sido sin duda alguna el hilo conductor de sus imágenes: por una parte los niños, que son probablemente los seres humanos que de una manera más directa sufren las consecuencias espantosas de la violencia y por otra las secuelas de las minas antipersona, trágica siembra que aún hoy rebrota en muchos lugares a los que llegó finalmente la paz firmada en las actas de alto el fuego pero en donde la presencia escondida de la muerte diseminada por tantos y tantos rincones del planeta sigue siendo el trágico recuerdo imborrable de la guerra.

Gervasio Sánchez no es un fotógrafo de guerra. A pesar de que desde hace muchos años ha estado presente con su cámara y con sus crónicas en prácticamente todos los conflictos internacionales (Bosnia, Chile, Iraq, Afganistán, Liberia...), no me gustaría encasillarlo con esa definición tan genérica y también tan impersonal. No, Gervasio Sánchez no es un fotógrafo de guerra, sino un hombre (un buen hombre, tendría que añadir) que fotografía las guerras aun cuando estas, pasada su eclosión, no sean ya el objeto de grandes titulares y cuando tal vez no ocupen ni si quiera una pequeña reseña escondida en los diarios. De acuerdo, es sólo un matiz, pero en los matices es donde se encierran las cosas más auténticas. En sus fotos apenas si aparecen las armas y los soldados en el frente. Muy pocas veces. En cambio, lo que se repite con una frecuencia estremecedora como si fuera un *story board* de su guión vital son las miradas de las gentes en las que se lee la guerra de la manera más descarnada. No son elementos ajenos a la cámara sino que Gervasio nos incita a ser capaces de sostener sus miradas llenas de preguntas y nos reta a contestarlas siempre y cuando nuestra conciencia nos lo

permita. Niños, adolescentes, campesinos, comerciantes, terapeutas... gente corriente que lleva puesto en sus miradas (él sabe leerlas como nadie) el horror de la guerra. Tampoco los muertos son especialmente los tristes protagonistas de sus imágenes, porque estoy convencido de que a Gervasio Sánchez no le interesa la muerte sino la vida. La guerra es al fin y al cabo, la maldición de los vivos. Sus palabras en **El Cerco de Sarajevo** no dejan lugar ni a dudas ni a sutilezas políticamente correctas: *En mi vida siempre habrá un antes y un después de Sarajevo y Bosnia. En cualquier guerra vas al frente, ves la batalla, tomas las fotografías, entrevistas a los combatientes. Regresas al hotel, mandas tus crónicas, te duchas y te vas a cenar como si la muerte no fuera contigo. (...) Que nadie se llame a engaño. Todos somos culpables de la tragedia bosnia. Los que disparan desde las colinas por acción. Los que contemplamos las matanzas por omisión. Los gobiernos, por permitir que los asesinos sigan matando impunemente. La sociedad civil por no haberse movilizado. (...) La opinión pública no debe conformarse con escandalizarse un minuto al día, el tiempo que dura la noticia en el principal informativo. Hay que movilizar, demostrar al gobierno de turno que el estado actual de las cosas es insoportable.*

La guerra, pues, deja de convertirse para él en un escenario al que el fotógrafo acude en función de un horario establecido y al que asiste parapetado desde su cámara fotográfica para tomar imágenes impactantes de un conflicto que le es ajeno. La desolación más terrible se encuentra más allá de la primera línea de batalla y es precisamente ahí hacia donde él enfoca su objetivo.

En las calles en las que las gentes pululan con sus carritos a buscar agua para sus necesidades básicas, en la mujer que tiende la ropa bajo las ruinas de un edificio destruido por las bombas porque la vida tiene que seguir aunque vaya acompañada siempre del dolor y de la ausencia, en los niños que transitan en vehículos destrozados por las balas preguntando qué es lo que está pasando, por qué no puedo ir a la escuela a jugar con mis amigos.

No es demasiado frecuente que un fotógrafo tome partido de una forma tan decidida por la vida renunciando a imágenes espectaculares destinadas a impresionar fácilmente en las primeras páginas de los periódicos. Por eso estamos tan acostumbrados a ver retratada la muerte con tanta fidelidad. Es al fin y al cabo lo que demandan las agencias: la muerte en primer plano y con la sangre que rebose por los bordes de la imagen, el morbo y la exigencia de estar en el primer frente del campo de batalla un segundo antes de que estalle el proyectil o de que impacte el tanque en la fachada de la casa. El humo,

las bombas, las lágrimas... que vayan urgentemente a las redacciones para que su visión sea más impresionante y compremos más periódicos. Nadie en la retaguardia, en la vida cotidiana, en lo vulgar, retratando el silencio y la auténtica miseria de la guerra y las consecuencias que permanecen años después en los lugares y en las personas. Porque cuando una guerra termina, los corresponsales recogen sus bártulos y ponen rumbo a nuevos conflictos. Se pasa página. Nuevo capítulo. Nuevos muertos Nadie vuelve a la desolación de la ruina o muy pocos son los que tienen las agallas de hacerlo para encontrarse con lo que quedó y que ya no ocupa lugar alguno en la prensa y uno de ellos es sin duda Gervasio Sánchez.

Los más jóvenes han sido, como indicaba anteriormente, uno de los objetivos primordiales, diría ineludibles, de Gervasio Sánchez. Por eso en su libro **Niños de la guerra** publicado en el año 2000, la tragedia se hace imagen descarnada en los niños que la sufren. Lejos de una falsa sensiblería, es evidente que ellos son las víctimas más inocentes de las guerras, las más vulnerables y en muchas ocasiones, sin duda demasiadas, los chivos expiatorios de la violencia contenida y acumulada por los soldados. Son las primeras víctimas de los abusos y en ellos se personifica el más alto grado de violencia ejercida por los seres humanos. La tragedia tiene especial dramatismo en el caso de las niñas y las adolescentes que además de sufrir las mismas consecuencias son utilizadas sexualmente sin contemplaciones por cualquiera de los dos bandos porque aquí no hay distinción entre vencedores y vencidos, trozos de carne apenas que quedan abandonados o inertes en cualquier lugar cuando los machos se cansan. Ellos los niños, aprendices de kamikazes , a los que se les enseña y se les obliga a matar indiscriminadamente sin que tengan ni siquiera la edad de comprender qué es la muerte (me pregunto si acaso han llegado a saber alguna vez lo que es la vida), abocados a una orfandad que les priva de las más mínimas relaciones familiares, refugiados de profesión que verán sus vidas marcadas por la destrucción y el abandono que conlleva la guerra.

Aprenden necesariamente a ser soldados, al fin y al cabo son las primeras y a veces únicas visiones de su infancia y juegan a la guerra pues sólo ese es el trágico teatro que se desarrolla en sus calles. Más tarde, muchos ellos se van a convertir en protagonistas con papeles principales. Unos por inercia, otros obligados. Conviven con los muertos de la misma manera que nuestros niños lo hacen con sus ositos de peluche.

La realidad, ya se sabe, supera con creces a la ficción. En su ensayo **Salvar a los niños soldados**, editado en 2004 narra la experiencia del misionero javeriano Chema

Caballero y su intento de rehabilitación e inserción de jóvenes secuestrados y utilizados para la guerra en Sierra Leona. Allí se recogen algunos testimonios que parecen sacados de un libro de terror más que del entorno cotidiano adolescente en el que fueron hechos. *Nos enseñaban a utilizar morteros y lanzagranadas y recibíamos clases de adoctrinamiento. Nos aseguraban que nuestra misión era divina. La insubordinación tenía un castigo ejemplar: la ejecución pública. Los más débiles eran encerrados en una caja de un metro de altura durante tres días sin comer ni beber. Por las noches me daban drogas que me impedían dormir.*

O este otro:

El comandante nombró a quienes debían de utilizar el machete para abrirlos en canal y sacarles el hígado y el corazón. Los nigerianos gritaban aterrorizados y aseguraban que les habían obligado a combatir en Sierra Leona. Yo maté a uno, le saqué el hígado y lo coloqué en un puchero. Era obligatorio beber la sangre o utilizarla para lavarse la cara y las manos. No había elección: te mataban si te negabas. Como teníamos hambre nos comimos las vísceras con pollo y arroz.

Testimonios tan patéticos como estos hay muchos, pero creo que con dos de ellos es más que suficiente.

Los niños de la guerra, con imágenes tomadas entre 1989 y 1999 en varios países, constituye un recorrido casi macabro por la desolación a través de sus 69 imágenes. Son páginas en las que no hay lugar para la estética. Tampoco para el descanso. Me atrevería a asegurar que nadie puede quedar inmune ante su visión a no ser que ni un ápice de humanidad quede en su cuerpo. *Son niños que no hablan, no ríen, no lloran...* El mismo Gervasio lo dice en su prólogo, pero sus miradas saltan irremediamente del papel cuché a nuestras conciencias para exigir una respuesta urgente a su tragedia. Mientras tanto juegan entre escombros y entre ruinas o aparecen postrados en algo que quisiera parecerse a un hospital, en campos de refugiados donde la vida es una lucha contra el reloj sin saber si el día siguiente va a amanecer en el mismo sitio, viviendo una cotidianeidad en la que todo es provisional y donde la vida consiste en seguir respirando al menos durante el minuto siguiente, corriendo entre tumbas o manipulando bicicletas sin ruedas que no van a llegar nunca a su destino.

A lo largo de muchos años, las fotografías de Gervasio Sánchez se han convertido en objeto de culto para muchos entre los que, sin ninguna clase de dudas, me incluyo. Su visión de la vida (sí, no me equivoqué, a pesar de todo lo expuesto hasta ahora, dije de la vida) o lo que es lo mismo para un fotógrafo, su cámara, lejos de hacerse indiferente,

participa y se convierte en una ventana abierta a la denuncia y en una toma de postura clara y definida ante las guerras. Su arma consiste en la cámara fotográfica colgada al cuello y su munición son sus negativos y sus tarjetas de memoria. También sus palabras. Premiado recientemente con el Premio Nacional de Fotografía y anteriormente con el Ortega y Gasset de periodismo convocado por el diario El País, su discurso de agradecimiento se convirtió, para sorpresa de todos los políticos que allí se encontraban y que seguramente esperaban las huecas palabras de turno, en un alegato contra los gobiernos que consienten y que alimentan la carrera armamentística, incluido el de España. A nadie dejaron indiferentes sus palabras y muchos medios no se atrevieron a publicarlo supongo que por presiones de sus consejos de administración preocupados de dar una mala imagen que pudiera dañar sus cuentas de resultados. Las autoridades presentes seguro que se avergonzaron y, aunque su insolencia les impidiera reconocerlo, estoy convencido de que las palabras que oyeron con sorpresa laceraron sus conciencias. Afortunadamente Internet no conoce de censuras y el discurso campa a sus anchas por la red al alcance de todo el que lo quiera hacer suyo. Acababa así: *Pero como Martin Luther King me quiero negar a creer que el banco de la justicia está en quiebra, y como él, yo también tengo un sueño: que, por fin, un presidente de un gobierno español tenga las agallas suficientes para poner fin al silencioso mercadeo de armas que convierte a nuestro país, nos guste o no, en un explorador de la muerte.* Su apuesta incondicional por este otro lado de las guerras le ha llevado a comprometerse de una manera muy especial y a denunciar hasta la saciedad las consecuencias de las minas antipersona. De ahí su trilogía **Vidas minadas** editado por Intermón, Manos Unidas y Médicos sin Fronteras en 1977 **Cinco años después (vidas minadas)** en 2002 y el colofón (por el momento), **Vidas Minadas Diez años**, editado por las mismas ONGs en el año 2007.

Los personajes de Gervasio Sánchez, mejor debería decir, las personas, miran a la cámara, desafían y preguntan a quien quiere oírlos. En ellas se encierra a raudales el dolor y la injusticia. Las miradas exigen respuesta y retan al objetivo en un intento último de sobrevivir al dolor. Todo un catálogo de prótesis y de aparatos ortopédicos, casi siempre toscos e insuficientes, las enmarca. Son las vidas truncadas por una explosión que en un segundo maldito destrozó sus vidas para siempre. Sin remisión. Son, una vez más los más desfavorecidos, los sin nombre, hasta que Gervasio se lo puso.

Hay muchas imágenes en su trabajo que si no fuera por la tragedia que encierran serían caricaturas jocosas de una situación que cuesta comprender. No son como los espejos de Valle Inclán en el Callejón del Gato que ofrecen los esperpentos de una realidad distorsionada. Son más bien al contrario, la visión más directa y más cruda de algo que está sucediendo en estos momentos en muchas partes del mundo

Las minas antipersona no están diseñadas para matar. Sus pequeñas cargas explosivas tienen como objetivo producir desgarros irreparables en los cuerpos seguidos necesariamente de amputaciones de brazos o de piernas que truncan de manera definitiva la vida de las víctimas y la de sus familias. Estas en su mayoría tampoco son los soldados, sino la población civil y en gran parte los niños. La llamada PFMI concretamente, es una mina llamada “mariposa” y está especialmente diseñada como si fuera un juguete para niños. Así de macabra es esta historia.

Se calcula que quedan activas en el mundo unos 80 millones de minas en más de 70 países. Al fin y al cabo son baratas y en el mejor de los casos su coste no sobrepasa los 20 euros. El trabajo de desactivación, sin embargo, cuesta unas cincuenta veces más. Según cálculos de la ONU, se necesitarían 1100 años para desactivar las minas diseminadas por el mundo. Las guerras, por otra parte acaban tarde o temprano, mientras que las minas permanecen enterradas como un recuerdo sombrío y siguen explotando años después cuando son pisadas por inocentes. En el año 1977 se firmó en Ottawa, Canadá, el Tratado para la prohibición de minas terrestres. En la actualidad, casi cuarenta países aún no lo han firmado. Uno de los países no adheridos a este tratado es Estados Unidos. El año pasado, su presidente, Barak Obama, recibió el premio Nobel de la Paz y en su discurso habló de la guerra necesaria justificándola en repetidas ocasiones. Es, desde luego, un concepto de paz que no acabo de entender.

Vidas Minadas es un trabajo estremecedor que tiene el dudoso mérito de ser absolutamente actual a los trece años de su publicación y a los quince de que fuera comenzado en Angola y continuado en Camboya, Bosnia, Afganistán, Mozambique, El Salvador y Nicaragua. Sus páginas son el relato del horror y sus siete protagonistas son la metáfora de la desolación. Un libro que habla de la guerra pero en la que no aparecen los soldados, ni las armas, ni las explosiones, ni los muertos, sino la tragedia de los que quedaron vivos y han visto cómo sus cuerpos mutilados se han convertido en memoria trágica del desamparo. Otra vez las miradas, como siempre, tratando de preguntar por la razón de la barbarie. Los cuerpos rotos y un muestrario tétrico de los diferentes tipos de minas que ocultas en la tierra les truncaron la vida para siempre. Muchos se quedaron en

el intento de sobrevivir. O bien murieron o bien sus heridas y sus condiciones de vida fueron tan terribles que la supervivencia no fue más que una quimera que nunca lograron alcanzar. Las minas no están situadas en las calles de las grandes ciudades o al lado de los hospitales a los que acudir presurosamente en busca de ayuda. No son sus víctimas los niños hijos de familias de clase media con recursos humanos y económicos para sobrevivir sino los olvidados de siempre que se repiten vergonzosamente en cada país. También cuando acaba la guerra poco a poco la vida vuelve a la normalidad y su tragedia se convierte sólo en un recuerdo, terrible, sí, pero recuerdo. Las minas se colocan y perviven en los campos de labor y en los caminos por los que se transita, en los pozos de agua a los que necesariamente hay que acudir a diario. Sus víctimas son los desposeídos, los sin techo los sin recursos apenas para el día siguiente. Olvidado el conflicto las minas quedan sembradas con la presencia latente de la muerte que puede hacerse real en cualquier instante. En las agendas diarias de los vencedores no se escribe la urgencia de la desactivación, además de difícil es terriblemente caro y en realidad, apenas si importa cuando uno se ha convertido en vencedor de la contienda.

Transcurridos cinco años, Gervasio Sánchez vuelve a retomar sus historias particulares y busca a los niños de entonces, hoy adolescentes y adultos que fotografió en varios conflictos del planeta con el nexo común de haber sufrido heridas irreconciliables con la vida por causa de las minas antipersona. Las heridas físicas han cicatrizado y la vida que partió de cero tras la explosión fatal empieza de nuevo a tomar forma. Se empiezan a dibujar sonrisas en sus rostros y la vida cotidiana vuelve a ofrecer momentos para la esperanza

Pasan otros cinco años, es decir, diez desde el comienzo. Vuelve sobre sus pasos y publica **Vidas minadas, diez años** Es sin duda un trabajo que conmueve y donde la vida se convierte en un recuerdo constante de la muerte componiendo una paradoja que al menos deja un gusto dulce en el paladar porque vuelve a aparecer la sonrisa en las miradas de las víctimas.

Algunos de estos niños que lograron sobrevivir con dificultades que apenas si podemos comprender desde este mal llamado primer mundo, se convierten en símbolo de esperanza detrás del objetivo de Gervasio Sánchez. No son además personajes anónimos y secundarios de una novela costumbrista sino que tienen nombres e historias propias. Por eso ahí está mirándonos y volviendo a desafiar en su mirada Sokheurm Man en Camboya con una pierna amputada en 1996 y diez años después con su hijo, con su mujer, como aprendiz de fotógrafo en un intento de agarrarse a la vida. O Adis Smajic,

también herido por la explosión de una mina antipersona en el mismo año a consecuencia de la cual perdió un ojo y fotografiado unos meses después y en los años 2002 y 2007 después de sufrir varias operaciones en Barcelona para tratar de salvar en la medida de lo posible su rostro desfigurado por la deflagración. Wahida Abed, con las dos piernas destrozadas a los doce años por la mina que se encontraba cerca de la entrada de su casa de Kabul. A su tragedia física se unió la otra desgracia de ser mujer en un país como Afganistán dominado por los talibán en la última década del siglo XX y donde el hecho de ser mujer era considerado poco menos que un delito. En este sentido, tampoco las cosas cambiaron mucho en algunos países y las mujeres siguen perteneciendo a esa clase de seres considerados objetos y desde luego inferiores a los hombres desde su nacimiento y por lo tanto despreciadas. Sofía Elface Fumo de Mozambique. Sus dos piernas se deshicieron en noviembre de 1993 al pisar una fatídica mina cuando tenía once años. Su hermana María que la acompañaba, no tuvo su suerte y falleció unos días después como consecuencia de las heridas. Hoy Sofía tiene veinticinco y dos hijos y sus imágenes también hablan de esperanza mientras la vemos en las salas de rehabilitación o sosteniendo en brazos a uno de sus hijos.

Aunque llegados a este punto la brevedad me obliga, no quisiera pasar por alto otro de los trabajos de Gervasio Sánchez como siempre modelo de coherencia y compromiso. **Es la Caravana de la muerte.** Publicado en 2001 y en el que se muestra una pequeña parte de las consecuencias de la dictadura sangrienta del Chile de Augusto Pinochet. Una guerra de entorchados que no fue guerra declarada y que se convirtió en represión masiva e irracional ordenada desde los despachos por los violadores de la legitimidad constitucional de Salvador Allende. Gervasio recupera el trabajo comenzado en 1987 y publicado entonces en El País y siguiendo su constante retorno al dolor, vuelve a Chile también diez años después para fotografiar los rostros de los que sobrevivieron a la noche cerrada que sumió a la nación a lo largo del aterrador mandato de Pinochet. Sin que tampoco podamos escapar ni quedar inmunes ante lo que vemos, el dolor vuelve a ser el funesto índice de las imágenes. Los años de la persecución sistemática de las personas y de las ideas pasaron, pero la ausencia de los seres queridos arrebatados a la vida en cualquier madrugada vuelve a conformarse en la negación del olvido. Los graves delitos que cometieron y que les llevaron a la desaparición primero y a su fusilamiento sin juicio previo después, consistieron muchas veces en ser jóvenes, estudiantes y trabajadores. Alguno de ellos, incluso socialista. Los responsables no sólo

no fueron censurados sino que su tarea se vio recompensada con ascensos en el grado militar Y otra vez las miradas inquisitivas que nos acompañaron todo este trecho. Las miradas de los que sobrevivieron al terror y que ahora sostienen en sus manos las de los ausentes, las de los que fueron arrebatados a la vida y nunca más se supo de ellos o en el mejor de los casos de los que sólo quedaron unos pocos huesos desfigurados por las huellas de la tortura a la que fueron sometidos antes del fin. La muerte en la distancia y en la ignorancia del paradero de sus hijos y sus maridos condujo a la desesperación a muchas mujeres, alguna de las cuales sólo encontró el descanso que reclamaba en el suicidio. De nuevo un trabajo sin artificios y sin ornamentos donde el silencio y el sufrimiento de tantos seres que se vieron desposeídos de sus esperanzas y que asistieron al triste espectáculo de ver cómo se rompía de pronto su presente, vuelven a estar retratados en la cara B de esta triste canción. Años atrás en una morgue improvisada en Sierra Leona y antes de cerrar el féretro que contiene el cadáver roto por la metralla de Miguel Gil, Gervasio Sánchez reflexiona y piensa que le da miedo la muerte. Intuyo que lo que de verdad le aterra es contemplar la muerte injusta de los otros más que asistir a la suya propia.

No sé si a pesar de esa avalancha de información visual que procesamos cada día o quizás, precisamente por eso mismo, hay imágenes que se quedan prendidas en la memoria y que al final pasan a formar parte de uno mismo engrosando ese bagaje impreciso que es nuestra propia historia. No estoy hablando de esos recuerdos propios de la infancia o de la adolescencia, tal vez de la madurez, que por cualquier capricho se quedaron adheridos en nuestra sangre y que de vez en cuando se nos aparecen como si fueran fotogramas de una película vivida. Me estoy refiriendo a esas otras que vienen de fuera, de los otros, que fueron en origen extranjeras pero que las aprehendemos como si fueran propias y que al cabo del tiempo forman ya parte de nosotros mismos. Son como esos pequeños desgarros que caminan junto a nosotros y que no logran desprenderse jamás. Unas veces son imágenes, otras nombres, otras sonidos, otras olores...

Hay fotografías con un gran poder narrativo que no son sólo sombras y luces llevadas a un soporte sensible a la luz o dibujadas con pigmentos con tal o cual encuadre. Son las que más me interesan porque no son la mera representación de un objeto, de un paisaje, de una persona sino que constituyen elementos vivos que hablan de cosas, incluso de uno mismo cuando se dejan ver.

¿Por qué esas y no otras? A veces puede haber una respuesta convincente que obedezca a causas concretas. Otras, las más, no. De cualquier manera están ahí formando un todo compacto en paralelo a nuestro cuerpo y a nuestro propio pasado sin que existan unos claros motivos para su presencia. Llegaron, se instalaron y se quedaron como invitados perennes en perfecta simbiosis. De vez en cuando abandonan su encantamiento y salen a la superficie conquistándolo todo.

En su libro **La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía**, Roland Bathres habla de dos elementos cruciales para comprender una fotografía. Uno de ellos es el *Punctum*. El otro es el *Studium* sobre el que no voy a detenerme. El *Punctum* no se busca, sino que salta a la contemplación como si dispusiera de un oculto resorte: *es él quien sale de la escena como una flecha y viene a punzarme... El Punctum de una foto es ese azar que en ella me despunta (pero que también me lastima, me paraliza)*. Casi todas las fotos tienen su *Punctum*, ese algo, a veces escondido que hace que una imagen se quede prendada en la retina como si fuera propia. Un brillo, una sombra, una mirada, un desenfoque en el paisaje... cualquier cosa que como por arte de magia se convierte en una imagen necesaria.

Una de estas imágenes “necesarias” también pertenece a **Vidas minadas** y toda ella se convierte en un gran *Punctum* magistral que la hace absoluta. Porque ¿dónde está ese punzamiento del que habla Bathres?, ¿en el sueño del niño?, ¿en el encuadre que corta la cabeza de la madre y que está sin estar?, ¿en la suavidad de sus ropas?, ¿en sus piernas de madera restos de la barbarie?... No, ninguna esas cosas funciona por sí sola. Por eso toda ella es un *Punctum*, absorbente. Por eso esta es una imagen sin recuadre posible, porque todos sus elementos funcionan como un conjunto indisoluble, como una pócima mágica en la que se entremezcla la ternura y la tragedia, el pasado y el futuro, la pesadilla y el alivio del descanso, el dolor y la esperanza. En esta foto ya no hay miradas que desafíen ni preguntas que se queden sin respuesta. Es un nuevo capítulo, un pasar página. Unos puntos suspensivos abiertos al tiempo y a la vida en los que me apetece leer que otro mundo es posible. Me gustaría compartir con Gervasio Sánchez este anhelo.

Es de nuevo Sofía Elface, de Mozambique y me gustaría finalizar con ella pues resume magistralmente su trabajo, su actitud vital, su lucha, su conciencia y su compromiso sin paliativos por los derechos humanos.

Pocas imágenes hay como esta que con una ternura inusitada pueden resumir el horror de la guerra y dibujar sin embargo, tanta esperanza. La vida y la posibilidad de ser feliz

junto a las huellas imborrables de una realidad seguramente injusta que ataca siempre a los más débiles. Siempre me pregunto cuál sería el sueño de Sofía en esos momentos. En este sentido sería interesante plantear una reflexión acerca de si una imagen muestra el momento concreto, lo que sucede en ese preciso instante congelado o si nos habla justamente de todo lo contrario: de lo que hay detrás o de lo que queda por venir. Puede resultar una paradoja, sólo en principio, pero es una hipótesis que me seduce. Sobre todo porque va más allá de la búsqueda de una mera estética reflejada en un papel y porque entonces la fotografía deja de ser una anécdota mejor o peor plasmada, para convertirse en contemplación y abstracción de una realidad mucho más compleja. Es entonces cuando la fotografía, hace necesario tomar partido, elegir un camino concreto y preguntarse cosas.

Lo que es evidente es que esa es una de las inmensas riquezas de la fotografía: que en una fracción mínima de segundo puede estar encerrado todo el mundo, que puede provocar sentimientos intensos y contradictorios, que puede parar el globo terráqueo y acelerar o frenar su rotación alrededor del sol. Tal es el poder que cabe en un tiempo tan corto y la gran cantidad de mundos que puede contener el frágil mecanismo de un obturador.

Muchas gracias.